

que, no sabiendo dominarse, no puede medir sus palabras ni sus sentimientos; pero hablaba con sencillez y según le iba dictando el corazón. Se veía que el dolor, el éxtasis, el deseo y el respeto acumulados en su alma habían roto el dique á modo de torrente impetuoso. A Licia aquellas frases le producían el efecto de blasfemias, latiéndole el corazón con inusitada violencia, sin poder reprimir un vivo sentimiento de piedad por él y por sus penas. El respeto con que él le dirigía la palabra no podía menos de conmoverla; se veía amada, adorada; comprendía que aquel hombre violento y fiero le pertenecía en alma y cuerpo, como un esclavo, y la conciencia de tal sumisión y de su poder la llenaba de júbilo. En aquel momento todos los recuerdos se agolparon á su mente. Veía al espléndido Vinicio de otros días, hermoso como un dios pagano; él, que le había hablado apasionadamente en casa de Aulo, y que antes que nadie había despertado su corazoncito virginal á la vida del amor; él, de cuyos brazos ardientes fué arrancada por Ursus aquella noche en el Palatino, como si se hubiese tratado de salvarla de las llamas. En cambio ahora, con la expresión de dolor pintada en su rostro, con su frente pálida y su mirada suplicante, herido, abatido, amante tímido y respetuoso, se le aparecía como lo había deseado, como se lo había imaginado, queriéndole y adorándole más que en aquellos días. Comprendió, no obstante, que podía llegar un momento en que su amor, invadiéndola, la envolviese toda como en una turbonada. Y otra vez sintió la impresión de hallarse al borde de un abismo. ¿Para esto había abandonado la casa de Aulo? ¿Para esto se había salvado con la fuga? ¿Para esto había permanecido oculta largo tiempo en un miserable extremo de la ciudad? ¿Quién era ese Vinicio? Un cortesano de Nerón, un militar, y peor aún, compartía la vida disoluta y las locuras de César. Aquel inolvidable banquete lo demostraba suficientemente. Frecuentaba con los demás los templos y ofrecía sacrificios á dioses despreciables, á los cuales, sin creer en ellos, tributaba públicos honores. Además había tratado de hacerla su esclava y concubina, de arrastrarla hacia aquel horrible mundo de corrupción, de delitos y de deshonra, que había de atraer sobre sí la cólera divina.

Ahora parecía cambiado; aun cuando había manifestado que si Licia pensaba en Cristo más que en él, odiaría á Cristo. Y á Licia la sola idea de otro amor que no fuese el de Cristo le parecía un pecado contra Él y contra su doctrina.

Durante esta lucha interna se presentó Glauco para informarse del estado de su enfermo.

La ira y la impaciencia se dibujaron en el rostro de Vinicio, viendo interrumpido su coloquio con Licia. A las preguntas de Glauco respondió casi con desdén, reprimiendo con trabajo su ira. Si Licia se abandonó á la esperanza, si creyó que las palabras oídas en el Ostriano habían modificado el carácter impetuoso de Vinicio, no tardó en llevarse un amargo desengaño. Había cambiado con respecto á ella solamente. Para los demás conservaba el mismo corazón áspero y egoísta, un corazón no sólo incapaz de sentimientos nobles, sino de la gratitud más rudimentaria.

Licia se alejó triste y apesadumbrada. Hasta aquel momento, en sus oraciones había ofrecido á Dios un corazón puro y sincero. En el cáliz de la flor había penetrado un insecto venenoso, que había empezado su obra destructora. Ni el sueño tuvo piedad de ella, por más que no había pegado los ojos durante dos noches. Cayó por fin en un ligero sopor y se presentó á su imaginación el Ostriano, donde Nerón, á la cabeza de un regimiento de cortesanos, bacantes, acróbatas y gladiadores, pasaba en un carro adornado de rosas, aplastando á una turba de cristianos: Vinicio la cogía fuertemente por los brazos, la arrastraba hacia la cuadriga, y estrechándola contra el pecho, murmuraba: «¡Ven con nosotros!»

XXVII

Desde aquel momento Licia se presentó con menos frecuencia en aquella habitación, siendo más breves sus visitas al enfermo. A pesar de esto, su corazón no recobraba la paz. Observaba la mirada suplicante con que Vinicio la contemplaba esperando una palabra suya con ansia inefable; veía que él sufría; pero no se atrevía á lamentarse por temor de que ella se alejase aún más; comprendía que su curación, en gran parte, dependía de ella. Su corazón se enternecía, y pronto se convenció de que cuanto más quería evitarlos, tanto más crecían su interés y piedad por Vinicio. A veces consideraba como deber sacrosanto permanecer junto á él, porque su doctrina le ordenaba devolver bien por mal y para convertirle á su fe. Mas su conciencia le reprobaba el que se expusiera á la tentación, ya que tales pensamientos se los inspiraban el amor y la fascinación que sobre ella ejercía el joven tribuno. Así vivía en una lucha continua y cada vez más áspera. Le parecía con frecuencia que se hallaba presa en una red, en la cual, merced al esfuerzo que hacía por salir, quedaba siempre más envuelta. No podía ocultarse que la voz de aquel hombre le era cada vez más grata, su vista más indispensable y que ejercía presión sobre sí misma para vencer el deseo de estar constantemente á su lado. Cuando, al acercarse á Vinicio, en el rostro de éste se reflejaba su ardiente amor, el corazón de Licia palpitaba de contento. Un día, al notar sobre sus mejillas huellas de llanto, sintió por primera vez el deseo de enjugárselo con sus besos. Asustada de la audacia de tal pensamiento, pasó la noche entera llorando amargamente.

Vinicio, entretanto, daba muestras de una paciencia ejemplar. Si alguna vez sus ojos relampagueaban de ira, procuraba dominarse en el acto y miraba en torno atemorizado, como pidiendo perdón á Licia. Esto la conmovía más que otra demostración cualquiera; no se creía jamás amada con tanto fuego como en aquellos instantes, dulces y pecaminosos á un tiempo. En Vinicio se había operado una transformación real; en sus conversaciones con Glauco podía observarse menos orgullo, y empezaba á comprender que también aquel pobre esclavo y médico, la viuda Miriam, que le velaba con tanta solicitud, y Crispo, que estaba absorto en perpetua oración, eran personas como las demás, y aun cuando el hecho le sorprendiese, se veía obligado á reconocerlo como una verdad. Por Ursus había sentido desde el primer momento una gran simpatía, así es que pasaba días enteros conversando con él; con él, al menos, podía hablar de Licia. El gigante no agotaba el tema de sus narraciones y sintió también desde el principio afectuosa inclinación hacia el enfermo. Licia, á los ojos de Vinicio, había sido siempre una criatura superior, cien veces superior á todos los que la rodeaban, no dejando por eso de prestar atención á aquella gente humilde y sencilla, cosa que no se le había ocurrido hasta entonces, descubriendo en ella rasgos interesantes y característicos que antes no pudo sospechar siquiera.

Nazario, en cambio, le resultaba insoportable, suponiendo que aquel muchacho se había atrevido á enamorarse de Licia.

Disimuló su antipatía durante largo tiempo; pero un día en que Nazario ofreció á Licia dos codornices, compradas por él mismo con el dinero que había ganado, renació en Vinicio el altivo descendiente de los Quirites, á cuyos ojos aquel pobre extranjero no era más que un insecto miserable. Oyendo que Licia le daba las gracias, se anubló su frente, y apenas hubo salido Nazario para dar de beber á las aves, dijo á Licia:

— ¿Cómo toleras que te haga regalos? ¿No sabes que los griegos llaman á los naturales de tu país *perros hebreos*?

— Ignoro cómo los llaman los griegos. Conozco á Nazario como cristiano y hermano mío.

Le miró con tristeza y sorpresa, cual si no reconociera al nuevo Vinicio. Él apretaba los dientes para no confesar que hubiera querido apalearse á semejante hermano, ó mejor aún, sepultarlo en sus tierras de Sicilia, como un galeote, como un esclavo obligado á trabajar con la cadena al pie. Pero tratando de vencerse y de refrenar su cólera, dijo:

— ¡Perdóname, Licia! Para mí tú eres la hija de un rey y la pupila de Plaucio.

Y para congraciarse con ella, cuando regresó Nazario, le prometió que en cuanto volviese á su casa le regalaría un par de pavos, de los que tenía gran abundancia.

Licia veía cuán difícil debía serle obtener tal victoria sobre sí mismo. Pero cuanto más numerosas eran esas victorias, más amor le iba cobrando. En aquella ocasión su mérito no era tan grande como ella suponía. Vinicio podía sentir un momento de ira contra Nazario, pero no estar celoso de él; pues, según su modo de juzgar las cosas, el hijo de Miriam no valía mucho más que un perro, y era, por otra parte, un chiquillo, por lo cual, si amaba á Licia, no podía ser el suyo más que un amor inconsciente. Más trabajo le costaba al joven tribuno, si bien no hablaba de ello, acostumbrarse á venerar la religión y el nombre de Cristo. Bajo este aspecto, sorprendentes fenómenos se producían en su espíritu. Por la sola razón de ser la que profesaba Licia, aquella religión era buena y se sentía dispuesto á seguirla. A medida que iba avanzando en su curación, se presentaban á su mente con más frecuencia todos los acontecimientos que siguieron á la noche del Ostriano, toda la serie de ideas nuevas que se habían amontonado en su espíritu. Le sorprendía el poder extraordinario de aquella fe que transformaba radicalmente las almas. Comprendía que debía haber algo extraño, algo nuevo, y que si aquella religión del amor había de conquistar el mundo, vendría una época que recordase el tiempo de Saturno.

No se atrevía á dudar de la naturaleza divina de Cristo, de su resurrección, ni de otros milagros. Los testigos oculares eran demasiado dignos de fe, odiaban demasiado la mentira, para que pudiese suponerse que narraban hechos falsos. El escepticismo romano atacaba á los dioses, pero no los milagros. Vinicio tenía delante de sí un acertijo, cuya solución no adivinaba. Por otra parte, aquella religión se oponía abiertamente al estado de cosas dominante, y era poco práctica y desmesuradamente insensata. Según su opinión, los hombres en Roma y en el mundo entero podían ser malvados, pero el orden de las cosas era bueno. Si Nerón, por ejemplo, hubiese sido un hombre de bien y el Senado una reunión de ciudadanos como Tráseas en vez de un conjunto de viciosos, ¿qué más hubiera podido desearse? La paz y el dominio de Roma eran buenos, la distinción entre las clases sociales indispensable y justa. Aquella religión, por lo que veía, trataba de destruir todo el orden, toda so-

beranía, toda desigualdad. ¿Qué sería entonces de la supremacía romana? ¿Podían los romanos abstenerse de dominar? ¿Podían reconocer como compañeros á una turba de vencidos? Un patricio no podía concebir semejantes ideas; además aquella fe era contraria á sus creencias personales y á sus costumbres, á su carácter y á las enseñanzas que había recibido. Le parecía imposible poder vivir aceptando aquella doctrina; la admiraba y la temía al mismo tiempo, pero su naturaleza la rechazaba. Sabía que el cristianismo le separaba de Licia, y este era motivo suficiente para odiarlo de corazón.

A pesar de todo, estaba persuadido de que era aquella fe la que adornaba á Licia de una belleza inefable y distinguida, que suscitaba en él, además del amor el respeto, además del deseo la veneración, y entonces se sentía de nuevo invadido por el anhelo de amar á Cristo: creía que debía amarle ú odiarle, siendo imposible permanecer indiferente; parecía que le empujaban dos corrientes opuestas. Permanecía absorto en largas y profundas reflexiones, sin decidirse, pero bajaba la cabeza ante aquel Dios para él incomprendible, tributándole homenaje de respeto por la sencilla razón de que era el Dios de Licia.

La joven adivinaba sus pensamientos. Veía cómo luchaba y cómo su naturaleza se rebelaba contra aquella fe; y aunque esto forzosamente había de afligirla, le cautivaba el corazón, moviéndole á piedad y gratitud la muda veneración que tributaba á Cristo. Aulo y Pomponia acudían á su memoria. La idea de perder á Aulo más allá de la tumba era para la amante esposa inagotable fuente de tormentos, y Licia podía comprender entonces la razón de sus lágrimas. ¡Había también encontrado un ser querido, que perdería quizás eternamente!

Algunas veces se sentía animada de la esperanza de convertir el alma del joven á la doctrina de Cristo. Pero estas ilusiones duraban poco; le conocía demasiado bien. ¡Vinicio cristiano! Esta idea no podía hallar acogida en su cerebro. Si el morigerado Aulo, bajo la influencia de la sabia y prudente Pomponia Grecina, no se había hecho cristiano, ¿cómo era posible que se convirtiese Vinicio? No había respuesta que dar á esa pregunta, ó una sola podía darse: que eran vanos toda esperanza y todo intento de salvación.

Reconoció con terror que la tremenda condenación que le esperaba, en vez de alejarlo de su corazón, aumentaba su afecto y piedad por él. En ciertos momentos se sentía impulsada á hablarle del horrible porvenir que le aguardaba.

Pero un día, mientras sentada junto á su lecho le explicaba cómo no podía haber vida sin la verdad cristiana, él, más fortalecido y aliviado, apoyándose sobre su brazo sano y poniendo la cabeza sobre el seno de Licia, exclamó:

— ¡Mi vida eres tú!

La joven se sintió desfallecer, un escalofrío de sensualidad recorrió todo su cuerpo, y cogiendo entre sus manos la cabeza del enfermo, trató de apartarla de su pecho. Al inclinarse, sus labios rozaron los cabellos del joven. Por un instante pareció que ambos quedaban arrobados en un éxtasis de felicidad.

Por último, con el rostro encendido y el corazón palpitante, Licia salió precipitadamente de la estancia. Fué aquella la gota que hizo rebasar el cáliz. No sospechaba Vinicio cuán caro debía pagar aquel instante de felicidad; Licia, en cambio, comprendió que le era preciso ponerse en salvo.

Entre lágrimas y preces pasó aquella noche insomne; pero á cada momento se juzgaba indigna de rogar y de esperar perdón. Por la mañana temprano salió del *cubiculum*, y suplicando á Crispo que la siguiera, se dirigió hacia la caseta del jardín, oculta entre las parras y la hiedra. Allí le abrió su corazón y le rogó que la sacara de la casa de Miriam, porque sentía no poder refrenar su amor por Vinicio.

Crispo, viejo que vivía en éxtasis perpetuo, aprobó su determinación de abandonar la casa de Miriam, sin encontrar una palabra de excusa para un amor tan pecaminoso, según su modo de ver. La sola idea de que Licia, por él custodiada, amada y fortificada en la fe desde el día de su fuga y por él considerada como un lirio puro, florecido en el jardín de la religión cristiana, pudiese haber pensado en un amor terreno, le llenaba de indignación. Había creído que ningún otro corazón sobre la tierra palpitaba de amor divino con tanta sinceridad y fuerza. Esperaba conservarla, educarla como la perla, la joya más preciada, la fruta escogida, cuidada con todos sus afanes. El desengaño le amargaba más que cuanto pudiera decirse.

— Vete, le dijo con austeridad, y ruega á Dios que te perdone tus culpas. Huye del espíritu maligno que te envuelve en sus espirales y que quiere llevarte á la perdición. Dios murió para redimir tu alma con su sangre; tú, en cambio, prefieres amar al que intentaba deshonorarte. Dios te ha salvado por un milagro; pero tú has abierto tu corazón á la impureza, amando al hijo de las tinieblas. ¿Y quién es él? El amigo y el siervo del Anticristo, su compañero de orgías y disolución. ¿Adónde te conducirá sino al precipicio, á la Sodoma donde él vive y que el Señor destruirá con las llamas de su cólera? Mejor sería que hubieses muerto ó que los muros de esta casa se hubiesen derrumbado sobre tí antes de que aquella serpiente hubiera penetrado en tu pecho para contaminarlo con su veneno.

Iba acalorándose más y más, porque la culpa de Licia no sólo le llenaba de ira, sino también de horror y desprecio hacia la naturaleza humana en general y hacia la mujer en particular, á la que ni la doctrina de Cristo servía para librarse de la debilidad de Eva. Para él no significaba nada que Licia se hubiese conservado pura y que quisiese alejarse de aquel amor, confesándosele entre lágrimas. Crispo hubiera querido hacer de ella un ángel, elevarla á una altura donde no podía existir más que el amor de Cristo; pero ella amaba á un cortesano de César. ¡No, no! No podía perdonárselo. De sus labios brotaban palabras tremendas y amenazadoras, mientras extendía sus manos huesudas sobre la cabeza de la joven. Licia se reconocía culpable, pero no hasta aquel punto, pues creía que su fuga de la casa de Miriam significaría una victoria sobre las tentaciones y disminuiría su culpa. Crispo la echó por los suelos, demostrándole la miseria y la abyección de su alma; mientras ella esperaba piedad, consuelos y alientos del viejo presbítero, que desde el día de su fuga se había portado con ella como un padre.

— Ofrezco á Dios mis penas y mi desengaño, dijo Crispo; pero tú engañaste al Redentor, porque has entrado en una laguna cuyas exhalaciones pestíferas han atosigado tu alma. Tú hubieras podido entregarla á Cristo como un cáliz precioso, diciéndole: «¡Lleno de tu gracia, Señor!» Tú, en cambio, la ofreciste antes á un siervo del espíritu del mal. ¡Dios tenga piedad de ti y te perdone! Pero mientras tú no hayas aplastado á la serpiente, yo no puedo...

Calló de improviso, pues no se hallaban ya solos. A través de las hojas de la parra y de la verde hiedra vió á dos hombres, uno de los cuales era Pedro, el apóstol. No acertó á distinguir al otro, pues tenía el rostro oculto por un manto de tosco tejido, llamado cilicio. Crispo, al principio, lo tomó por Quilón.

Atraídos por la voz excitada de Crispo, se acercaron y tomaron asiento sobre un banco de piedra. El rostro del desconocido era delgado y seco; excepto dos mechones de pelo que le caían sobre las sienes, su cabeza aparecía totalmente calva. Tenía los párpados rojos, la nariz encorvada, y por la inspirada expresión de aquella fisonomía Crispo reconoció á Pablo de Tarso.

Licia cayó de rodillas, y abrazando en actitud de desesperación los pies de Pedro, escondió el rostro entre los pliegues de su manto.



Por un instante pareció que ambos quedaban arrobados en un éxtasis de felicidad

— ¡Paz á vuestras almas!, dijo el apóstol, que viendo á sus pies á la doncella, preguntó lo que había ocurrido.

Crispo se puso á relatar lo que Licia le había comunicado: su amor culpable y su deseo de abandonar la casa de Miriam, y habló también al anciano de su propio dolor, porque un alma que hubiera querido ofrecer á Dios pura como un lirio, se había contaminado con un amor terreno por un ser endurecido en el pecado, en el que dominaba el espíritu pagano y que debía atraer la venganza de Dios.

Mientras hablaba Crispo, Licia estaba abrazada á las rodillas del apóstol, como implorando piedad y misericordia.

Pedro, después de oírlo todo, puso su mano trémula sobre la cabeza de Licia y dijo, dirigiéndose á Crispo:

— ¿No sabes que nuestro divino Maestro fué á las bodas de Canaán y bendijo el amor entre marido y mujer?

Crispo, dejando caer los brazos, miró fijamente al apóstol, sin pronunciar palabra.

Pedro continuó en seguida:

— ¿Crees, joh Crispo!, que el Salvador, que permitió á María Magdalena postrarse á sus pies y perdonó á la gran pecadora, rechazaría á esta virgen, pura como el lirio del valle?

Licia se abrazó más estrechamente á las rodillas del apóstol, viendo que no en vano había implorado piedad. Pedro le alzó el rostro, inundado de lágrimas, y dijo:

— Mientras los ojos de aquel que amas permanezcan cerrados á la luz de la verdad, evita su amor para que no te arrastre también hacia el mal; pero ruega por él y sabe que tu amor no es culpable. El deseo de huir de la tentación te será apreciado como un mérito. No te entristezcas, no llores, pues yo te digo que la gracia del Redentor no te ha abandonado y que tu oración será escuchada. Después del dolor vendrá para ti la alegría.

Diciendo estas palabras, puso ambas manos sobre la cabeza de Licia y la bendijo. Una bondad sobrehumana se reflejaba en su semblante.

Crispo, confuso, empezó á disculparse humildemente:

— He pecado contra la misericordia, dijo, pero yo creí que ella había renegado de Cristo con su amor terrenal.

— Yo renegué de Él tres veces, respondió Pedro, y sin embargo me perdonó y me confió la custodia de su grey.

— Pero Vinicio es un augustiano, replicó Crispo.

— Cristo convirtió corazones más endurecidos que el suyo, respondió el gran apóstol.

Pablo de Tarso, que hasta entonces había callado, poniéndose la mano sobre el corazón, dijo:

— Yo soy aquel que persiguió á los siervos de Cristo y los entregó á la muerte; yo soy aquel que mientras Esteban era apedreado guardaba los vestidos de los apedreadores; yo soy aquel que quería destruir la verdad en todos los países habitados, y sin embargo, el Señor me escogió para proclamarla por todos los ámbitos de la tierra. Lo hice en Judea, en Grecia, en las islas y en esta impía ciudad, adonde vine antes como prisionero. Y ahora por orden de Pedro, mi pastor, he entrado en esta casa para prosternar ante Cristo otra cabeza soberbia y para esparcir la semilla en aquel árido campo, á fin de que el Señor lo haga prosperar y conceda abundante cosecha.

Se levantó, y á los ojos de Crispo aquel hombre pequeño y deforme apareció como lo que era verdaderamente: un gigante destinado á remover el mundo en sus cimientos y á conquistar países y naciones.

XXVIII

«PETRONIO Á VINICIO

¡Ten piedad, *carissime!* ¡No imites en tus cartas á los lacedemonios ni á Julio César! Si como éste pudieras escribir: *Veni, vidi, vici*, comprendería tu laconismo. Pero, al contrario, tu carta se resume así: *veni, vidi, fugi!* Ya que tal resolución no se ajusta á tu carácter, ya que estás herido y te han ocurrido extrañas aventuras, tu carta necesita una explicación. No pude dar crédito á mis ojos cuando leí que el gigante licio había matado á Croton con la misma facilidad con que un perro de Calcedonia hubiera matado un lobo en las gargantas de Ibernia. ¡Ese hombre vale todo el oro que pesa, y si quisiera, le sería muy fácil llegar á favorito de César. En cuanto regrese, quiero conocer á ese licio y hacer esculpir su estatua en bronce.

»*Enobarbo* casi reventará de curiosidad cuando le diga que existe el original. Verdaderamente, las figuras atléticas son cada vez más raras en Italia y en Grecia; es inútil hablar del Oriente. Los germanos son robustos, pero sus músculos no son muy fuertes y deben más á su estatura que á su fuerza. Infórmate por el licio de si él representa una excepción ó si en su país se encuentran muchos ejemplares que se le parezcan. Porque si algún día nos tocase á ti ó á mí dirigir los juegos públicos, convendría saber dónde pueden hallarse los luchadores más hábiles.

»Demos gracias á todos los dioses, que te sacaron vivo de aquellas manos. Esto habrá ocurrido merced á tu calidad de patricio y de hijo de un cónsul. Todo lo que sucede me deja estupefacto: el cementerio, donde te encontraste rodeado de cristianos, los mismos cristianos, su modo de proceder contigo, la fuga de Licia, y en fin, aquella inquietud y suma tristeza que transpira toda tu carta. Explícate, porque ésta contiene muchos puntos que me resultan oscuros, y si quieres que te diga la verdad, te confesaré que no comprendo ni á los cristianos, ni á Licia, ni á ti. No te sorprenda que el que no se ocupa en el mundo de otra cosa que de su persona, te pida tantas aclaraciones. En este asunto he puesto también mi trabajo, y por esto me interesa. Escíbeme pronto, porque no sé cuándo regresaremos. En la cabeza de *Enobarbo* los proyectos cambian lo mismo que en otoño la dirección de los vientos.

»Ahora, habiendo prorrogado su estancia en Benevento, desea partir para Grecia, todo antes que regresar á Roma. Tigelino, sin embargo, le aconseja que permanezca por algún tiempo en la capital, á fin de que el pueblo, que ardientemente le desea (lee: que desea juegos y pan), no se amotina. Por esto no puedo decirte qué rumbo tomarán las cosas. Si Acaya ha de vencer, no veremos el Egipto.

»Yo insistiré con todas mis fuerzas para hacerte venir; en tu estado de ánimo, los viajes y las distracciones serían, á mi modo de ver, un lenitivo y un remedio. Reflexiona si te conviene la tranquilidad de tus posesiones de Sicilia más que la permanencia en Roma. Explícate sinceramente y consérvate bueno. Esta vez no